

No se habla de San Feliu....

¿LA MURALLA DEL SILENCIO?

Por rara coincidencia con el artículo de L. d'Andraitx de la primera página de este mismo número, otro de nuestros redactores se expresa de modo muy personal en parecida síntesis crítica. La Dirección de AN-CORA celebraría recibir más opiniones, no precisamente paralelas, en torno a la cuestión.

No se habla de San Feliu, o muy escasamente, en la Prensa y en la Radio. Es de esperar que algún director de revista o periódico importante, o algún jefe de emisora decida veranear en San Feliu para que el nombre de la ciudad aparezca entonces por todos los espacios impresos y sonoros, y sea debidamente divulgado y publicado.

Así dicen quienes se mueren de ganas de que todo el mundo hable de San Feliu... en la Prensa. ¿Por qué esa angustiada necesidad de publicidad vocinglera y superficial? Poseemos un libro, que recoge con amor y simpatía hondos la gracia huidiza y cambiante del San Feliu eterno: es el mejor elogio hecho a la ciudad y el compendio publicitario de mayor altura que pudiera hallársele. Su autor tiene más quilates él solo que toda una legión de plumíferos de periódico. El libro: «Una Vila del Vuitcents». Su autor: Gaziel.

Claro que se levantan famas y se hunden prestigios con la Prensa, y hoy día la bobaliconería mundial atiende al chillido nervioso y vehemente de la radio y se deja fulminar por la baratija luminosa del neón. Casi nadie escapa al influjo de los medios de publicidad. Y la publicidad se ha convertido en un medio de acusar las propias características, como si el fenómeno publicitario nos fijase en el paisaje, en el mundo.

La belleza natural de San Feliu ha encendido elogios

por doquier. ¿O, es que acaso no basta? ¿Quieren además los protestones que se hable de la gente de San Feliu? ¿Y por qué? ¿Que ha hecho la gente para aspirar a un ni tanto así de gloria que le cupiese por el encanto natural de ese bendito rincón?

La gente de San Feliu se caracteriza muy agudamente por su falta de unidad constructiva. La más diversa ramificación de orientaciones se dan cita en San Feliu, donde no se reconoce caudillaje ni enseña. Como los de la película «Pasaporte a Pimlico», son ellos mismos y nada más que ellos mismos. Pero no unidos en el quehacer, más en el respirar, no en el construir, sino en el simple vivir.

Esta ciudad alegre y confiada, dispersa en su latir humano, es terriblemente inactiva, pese a su frenesí industrial. No tiene relieve cultural colectivo, ni eco artístico mayoritario o minoritario. Ciegos de luz y de belleza en torno, sus habitantes sienten la vida, sin extraer norma de ella. No son nocturnas aves en dorada jaula, empero. Más bien bandada de alegres pájaros volando sobre un paisaje de ensueño y piando alegremente.

No es por falta de individualidades que la ciudad no deja sentir su peso específico. Las individualidades fuertes son precisamente tesoro de San Feliu. Pero viven aisladas, como es fuerza que acabe ocurriendo cuando, al salir a la calle, se tropiezan con conciudadanos que parecen poseer por decreto natural el secreto de la vida y de la muerte, del arte y de la ciencia, y que usan y abusan de esa sorna y agudeza maravillosas que imprime

el nacer en la costa ampurdanesa. O sea, que la personalidad de «de perfil» de cada guixolense, hecha de desenfado y gaya denosura, ahoga la personalidad «representativa» de quienes debieran, por su altura intelectual y de genio cívico, ofrecerse como portavoces de una ciudad organizada.

¿Y la urbanización? Si, San Feliu es la mejor urbanizada de las poblaciones costeras. Pero: ¿ha reflexionado alguien en que la urbanización no acaba en las calles y en las casas y en las tiendas y en la regulación del tráfico, sino que comienza y concluye de modo principalísimo en las personas?

Si las personas, pues, aparte de su innata simpatía, no encajan en un sistema armónico de vida ciudadana, atentas sólo a sus particulares problemas, sin otra muestra de patriotismo que una extrema susceptibilidad sobre los derechos de una capitalidad reclamada, hay que reconocer que despertarán muy poco interés fuera de sus límites de habitabilidad. Y si ello es así, que tal es, ofenderemos la percepción del orden y de la armonía previa a todo elogio al presentar, insisto, un divorcio tan manifiesto entre la belleza natural, tan coherente en su gracia, y la desdichada disociación entre pueblo y rectores, entre masa y minoría, entre posibilidades y apatía.

Yo no creo que exista la ley del silencio sobre San Feliu en periódicos y revistas. No lo creo en absoluto. Lo que ocurre es que no tenemos, aparte del paisaje, nada que ofrecer, y el paisaje no es nuestro, no lo hemos hecho con las manos y

el sudor. Hagamos cosas que den fé de una personalidad constructiva y el mundo pregonará que somos algo. Y, sí existiese esa ridícula conspiración, piense-se que a Satanás se le vence cara a cara y con las buenas obras. Si hechas entre todos, mejor; si producto individual, reconociendo el concurso el mérito del fautor; sea, presentándole su agradecimiento.

La riente fachada de San Feliu esconde una tremenda volubilidad y una propensión fatal al olvido, y a la dejadez. Aquí se olvida todo, se hace burla campechana de todo y se cultiva la repulsión a todo lo acabado en tanto hijo de norma y estilo. Parece como si la aparente perfección de las montañas y el agua de nuestro paisaje, hubieran metido en los cerebros la idea de que todo se hace solo, y de que, con tal de que la luz el aire y la música no falten, yo lo tenemos todo pagado...

O hacemos cosas en las que nos responsabilicemos todos, o nadie hablará de nosotros como pueblo organizado. San Feliu debe dar fé de su «cultura», y en palabra incluyo, todo lo que ello podía representar en el concepto clásico romano: desde la arquitectura al comercio pasando por la poesía toda; la actividad inherente al hombre organizado, constructivo y responsable. Sólo si presentamos un buen balance de realizaciones y, tanto como procurar dar ejemplo sepamos tomarlo, con humildad hacia quien puede enseñarnos algo, sólo entonces se habrán terminado todas las posibles murallas de silencio.

J. V. A.